

fera pestífera del papismo, podrá descubrir por sí misma el buen camino. . . ¡qué placer para mí! . . . En todo evento, como educadora, sería siempre un precioso regalo para una familia católica. ¿Y en mi casa. . .? ¿maestra de Clara y de Clemencia. . .? Pero á la larga, ¿no podría escapársele algún principio erróneo que turbase la paz religiosa de mi familia? Sí. . . no. . . —

Mistress Needle tomó la pluma para contestar á la condecita, sin saber lo que á la pluma dictaría su corazón. . . y escribiendo lloraba.

VII.

LOS EMPOBRECIDOS.

La contestación de mistress Needle á Julia fué la siguiente:

“Amiga: Ignoro lo que yo escribiré en esta carta. Tu desgracia perturba mi mente y destroza mi corazón: te contesto con los ojos vacilantes, velados por las lágrimas. Vuela, vuela, hermana mía dulce, vuela á mis brazos; sentirás cuán fuertemente mi corazón late por tí. Es imposible que no se halle algo que te convenga: se hallará. Procura sólo venir. Pero aca-

só no te sea fácil hacer un viaje tan largo, sola por completo. Será mejor que me aguardes. Cuarenta ó cincuenta días, y partiré. Es forzoso que continúe aquí este tiempo, hasta que mi John sufra el examen de curso: quiero llevarle conmigo. Nos consolaremos recíprocamente: tú perdiste la fortuna, y temo yo perder mi hijo, mi primogénito, mi todo. Me espanta mirarlo. Los médicos me imponen la obligación de apartarle por ahora de los estudios y de hacerle pasar el invierno bajo un cielo clemente. Luego en Italia. A primeros de Octubre te mandaré mi dirección precisa de Turín. Te será fácil unirte conmigo allí. Volveremos á darnos un abrazo, y se fijará el sitio de la cura invernal. Entonces tendré un poco coordinadas las ideas, confusas ahora por tan crueles accidentes, y se podrá madurar mejor el partido para tí. Tanto por si te determinas á venir á encontrarme al Parque verde, como por si te place mejor reunirte conmigo en Turín, envío treinta libras esterlinas al consulado inglés, que te serán entregadas haciendo ver tu tarjeta de visita, y dejando recibo. Clara y Clemencia te mandan un beso. ¡Pobres niñas! ¡Si hubieses visto el efecto que les han causado tus noticias!

Aun tienen los ojos encarnados de llorar. Te quieren mucho de veras.... Mas ¿de qué sirve que reserve para el porvenir mis designios? El corazón me manda (y dicen que el corazón de las madres no se equivoca), el corazón fuérame á decirte que aquellas dos amadas criaturas estarían bien en tus manos, y que tú en mi casa serías como la piedra del anillo. Yo les enseñaría la religión, y en cuanto á lo demás harías tú de maestra, de aya, de madre. Te las confío desde ahora si quieres. Ház-melas buenas, como eres buena tú: no pido cosa mejor. ¡Oh qué carta tan mal escrita! Esto que te digo al fin te lo debería decir ante todo. No sé dónde tengo la cabeza. Mas el afecto del corazón está firme y seré siempre tu *amiga aficionadísima*.—*Ana Needle.*”

Es fácil imaginar cuán dulcísimo consuelo derramó en el alma entristecida de Julia esta tan pronta, tan tierna y tan noble contestación. Si había querido antes á la inglesa por las muchas bondades que descubría en ella, y por aquel interés que acompañaba naturalmente su deseo de convertirla á la religión católica, añádase ahora á los otros motivos la deuda de la gratitud que es el sentimiento más suave y

fuerte de todo espíritu gentil. Tomó la carta, y levantándola hacia el cielo:—¡Oh Madre divina! exclamó: recompensad vos esta pobre protestante. Le quisiera dar algo de mi paraíso: es demasiado buena, y no se debe perder.... El cielo me parecería escaso de gozo, sin ella junto á mí.... Quiero que se salve.—

Julia fué á manifestar su propósito á su padre. El conde Octavio nada sabía; ni hábale pasado por la imaginación que su hija pensara en salir de su lado, á fin de alejarse de la familia; mucho menos sospechaba que hubiera llegado al punto de negociar semejante trato. Su primera palabra fué llamarse ofendido en su altivez de caballero; por consiguiente, desde las primeras indicaciones se atufó, y puso muy mal semblante á su hija generosa. No bien supo que había escrito á la señora inglesa, se salió de sus casillas, y dijo con visible aspereza:—Antes de poner la pluma en el papel, debiste contar con tu padre. Te hubiera dicho que mientras me llame yo el conde de los Laureles, no permitiré que mi sangre lleve librea. Lo que más me disgusta es que hayas divulgado fuera de casa estos desatinos. Es una indignidad,

que no esperaba de Julia, para colmo de mis pesares. Escribiré yo para retractar tus proposiciones y poner en claro que has perdido la cabeza. Que no me hables más del asunto, ¿entiendes?

Julia dejó pasar este primer anuncio de temporal, que casi, casi no le llegaba de improviso; después de permanecer un poco en silencio:—Padre mio, perdonadme, respondió con un gemido de paloma. Tenéis razón para inquietaros; pero también oíd mis excusas, y dejadme razonar un momento.

—Desatinar, más bien, desvariar, decir extravagancias.

—Escuchadme, y quizá convendréis conmigo en que, si soy loca, no lo soy tanto que merezca ser atada.—Al decir esto, tomó con muy buen modo las manos temblorosas de su padre, y, estrechándolas entre las suyas, continuó con voz suplicante:—Si os hubiese hablado antes de la cosa, me habiérais impedido lo que juzgo que debo hacer por vos y por la familia. ¿No veis que yo sobro en la mesa común, pudiéndome ganar el pan por mí misma? Me avergüenzo cuando tomo mi plato de sopa.

—¿Qué me estás hablando de pan y de sopa? interrumpió el conde. Nos faltará lo

necesario á nosotros, pero á ti no te puede faltar. Esta casa de recreo es tuya: vale cuarenta mil liras como un ducado. No es una gran dote; mas bastará para colocarte honrosamente, cuando yo encuentre un mal empleo que me pague, si otra cosa no, el alquiler de la casa.

—¿Qué decís, padre mio? ¿Os parece? ¿Puedo pensar en estas bromas? ¿Echar de casa yo á mi padre y á mi sangre, para gozar de la dote con otra familia! Aunque me lo mandáseis, os desobedecería.

El pobre conde, desarmado y conmovido por estas dulces palabras, abrazó á su hija, diciendo:—Está bien, Julia: veo que amándote más que á todos mis hijos, no he colocado mal mi afecto.

—Si se tratase de afecto sólo, lo cambiaría con afecto; pero existen además los gastos de mi educación, gastos crecidos que...

—Son gastos de que no me arrepiento.

—Mas yo; además de que no os arrepintais de ellos, quisiera que os produjesen algo, ahora que la familia tiene suma necesidad. Mi madre, mi hermano y mi hermana se fatigan, languidecen, y no podrán seguir como ahora mucho. Si me quedo, seré una carga; si me voy, puedo ser un

alivio: á lo menos desaparecerá una boca de la mesa, y habrá una estancia más donde pueda respirarse.

—Oye, hija mía, dijo entonces el conde Octavio, enternecido; tendrías mil razones si fuera negocio de interés; pero existe algo más importante para mí que el interés, ó sea, el honor. He vendido, ya lo sabes, las tierras, el palacio, hasta el último clavo, sin vacilar un instante: con el honor no se transige.

—Lo comprendo, padre mío; ni yo, por ninguna cosa del mundo aceptaré una colocación en Nápoles; pero si fuera en el fin del mundo, ¿padecería nuestro decoro? Se dice que Julia se ha retirado en casa de algunos amigos, y todo corriente. Supongamos, además, si lo quereis, que los conocidos (¿quién se cuida ya de nosotros?) supiesen la cosa: me parece que no podrían decir de mí sino que me quería ganar honradamente un pedazo de pan para sacorrer á mis padres.... ¡Oh! No se ha desencadenado aún el domonio. ¿No fuera peor si se dijese que la desventura nos había envilecido, y que continuábamos sin hacer nada, vociferando contra la fortuna? Mientras que sufriendo nuestra suerte con dignidad, y luchando con ella del mejor

modo posible, podrá suceder que la Providencia nos ayude; podremos entonces cultivar un poco la edacación de Carlitos y de Mariquita (el hermano y la hermana paterna de Julia), á fin de que no salgan dos ignorantes; tendremos algo también para pagar un médico si sobreviene una enfermedad...

—Sería preciso pagarlo antes de que partieras; porque el día que en te viera salir de mi lado, no dejaría de caer en la cama.

—¡Dios no lo permita! No será cierto si entráis en razón.

—Está bien; pero entre tanto me quedaría sólo; entre tu madrastra y yo, bien notas que, después de estas desventuras, no hay armonía posible.

—Demasiado me quereis, padre mío, y Dios sabe cuánto me destrozará el corazón alejarme de vos; mas espero que la armonía será más fácil yéndome que quedándome. ¿De qué sirve disimularlo? Ella está siempre de humor negro conmigo, y.... Vamos, vamos, no hablemos del asunto.

El conde de los Laureles, impresionado grandemente por estas vivas razones, comenzaba un poco á desentenderse de la primera manía del punto caballeresco, y seguía defendiéndose débilmente:—¡Si á lo

menos, dijo, pudiera esperar que hallases una familia á propósito, segura, digna, que supiese apreciar el tesoro de que me privaría!

—Con el auxilio de Dios, hallaré más y mejor de lo que pudiérais desearme, sin que me falte amor ni compasión.

—Hija mía, repuso el pobre padre desconfiado, tú no conoces aún el mundo: si tuviéramos nuestro palacio y nuestras rentas, al más leve dolor de cabeza nos ahogarían con halagos: sabrás cuán amargo es el pan ajeno.

—Con todo, creo haber hallado ya casi un pan tolerable.

—¡Pues qué! ¿Te ha contestado la señora inglesa? ¿Te hace alguna proposición? ¿Por qué no me lo decías antes?

Julia sacó la carta de mistress Needle, y dióselas. Al infeliz conde le cayeron las lágrimas leyéndola. Se la devolvió diciendo:—Desvanece todas mis dudas. Es una providencia para nosotros y quizás también para ellas: yo te bendigo.

VIII.

UNA HISTORIA DE LÁGRIMAS.

Logrado el consentimiento de su padre, Julia volvió á escribir á su bienhechora, manifestándola sus sentimientos de gratitud, y diciéndola que prefería dirigirse incontinentemente á Inglaterra, atendida la muy feliz ocasión que se le presentaba de una familia escocesa que, volviendo á su patria uno de aquellos días, acompañaría hasta Newcastle, cerca del Parque verde. Calló por decoro las demás razones: esto es, que las estrecheces iban siendo tan extraordinarias en casa del conde de los Laureles, que no debía perder ni la más pequeña ganancia, y que por añadidura su padre no